

Homilía de Dedicación de la Basílica de Letrán

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“El templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros.”

Introducción

La Basílica de san Juan de Letrán, además de ser la catedral de Roma y del Papa en calidad de obispo de la ciudad, es también la Iglesia madre y cabeza de todas las iglesias. De ahí el alcance universal de esta celebración litúrgica, en la que las iglesias de los cinco continentes se unen gozosas a la de Roma como presidencia visible en la caridad.

El bello canto de Lucien Deiss: He aquí la morada de Dios entre los hombres, puede servir para ambientar y preparar la mente y el corazón de los participantes en esta fiesta de comunión entre todas las iglesias con la Iglesia madre. El cuerpo de Cristo muerto y resucitado, que sustituye al templo judío de Jerusalén, se convierte ahora en el cimiento sólido sobre el que vamos edificando día a día el edificio vivo de la Iglesia “en Dios Padre y en el Señor Jesucristo” (1 Ts 1,1).



Fray Juan Huarte Osácar
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 47,1-2.8-9.12:

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la entrada del templo. Del zaguán del templo manaba agua hacia levante –el templo miraba a levante–. El agua iba bajando por el lado derecho del templo, al mediodía del altar. Me sacó por la puerta septentrional y me llevó a la puerta exterior que mira a levante. El agua iba corriendo por el lado derecho. Me dijo: «Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas salobres, y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corriente, tendrán vida; y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas, quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente. A la vera del río, en sus dos riberas, crecerán toda clase de frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán; darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales.»

Salmo

Salmo 45 R/. El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro. Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar. R/. El correr de las acequias alegra la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada. Teniendo a Dios en medio, no vacila; Dios la socorre al despuntar la aurora. R/. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob. Venid a ver las obras del Señor, las maravillas que hace en la tierra: pone fin a la guerra hasta el extremo del orbe. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 3,9-11.16-17

Hermanos: Sois edificio de Dios. Conforme al don que Dios me ha dado, yo, como hábil arquitecto, coloqué el cimiento, otro levanta el edificio. Mire cada uno cómo construye. Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 2,13-22

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.» Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora.» Entonces intervieron los judíos y le preguntaron: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?» Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.» Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la

palabra que había dicho Jesús.

Pautas para la homilía

El templo de Jerusalén, morada de Dios entre los hombres

Para los judíos, Yahvé era el tres veces Santo: "Santo, santo, santo; llena está toda la tierra de su gloria" (Is 6,3). Así lo recordamos en el Sanctus de la celebración eucarística. Pero era sobre todo en el templo de Jerusalén donde el único Santo posaba su Gloria. Su santidad era el adorno de la casa. Santo y seña de la ciudad, el templo constituía el orgullo de todo el pueblo.

Esa es la Gloria que contempla el profeta Ezequiel en la primera lectura bajo la imagen del torrente de agua "que bajaba de debajo del lado derecho del templo, al sur del altar". La corriente de agua, símbolo de la vida, se había convertido en un torrente, símbolo de la abundancia de todo tipo de bienes. Por eso la ciudad se llamará "Yahvé está allí" (48, 35) como fuente de gracia y de bendición para todos sus habitantes. Y es que en el templo moraba la Gloria de Yahvé, deseoso de habitar en medio de su pueblo para siempre (43,7).

Ahora bien, en la mentalidad primitiva de la tradición israelita estaban bien definidas las fronteras entre las dos esferas de lo santo y de lo profano. De acuerdo con la constitución fundamental del código de santidad que había de regir la alianza espiritual de Dios con su pueblo (Lv 17-26), era necesaria la purificación ritual de todo cuanto concernía a las celebraciones litúrgicas del templo a fin de que el pueblo pudiera congraciarse con su Dios. Pureza ritual que, en el devenir del mensaje profético, dará paso más tarde a un proceso de interiorización religiosa en el ámbito de la conciencia moral y del cambio de actitudes como anticipo de la enseñanza de Jesús (Mt 15,10-20).

Jesús hablaba del templo de su cuerpo

Dentro del contexto religioso que acabamos de esbozar cobra todo su relieve el relato evangélico de la purificación del templo, en el que Jesús hablaba del templo de su propia persona. Su cuerpo, muerto y resucitado, es ahora el nuevo templo anunciado por los profetas, la morada de Dios entre los hombres, el nuevo lugar de culto en espíritu y en verdad "por el que podemos acercarnos al Padre en un mismo Espíritu" (Ef 2,18).

Es el mismo evangelista quien, en el relato de la samaritana, personaliza en Jesús la atrevida imagen del templo evocada por el profeta Ezequiel: "el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4,14). Jesús es el pozo inagotable del que brotan las aguas vivificantes del Espíritu (7,37-39) y en el que pueden saciar su sed cuantos anhelan y buscan el encuentro con Dios. Será también la imagen evocada por el autor del Apocalipsis al final de su libro, cuando contempla "el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero (Apc 22,1). Se cumplen así las palabras proféticas: "Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador" (Is 12,3).

En la revelación cristiana, el acceso a Dios pasa siempre por la aceptación del misterio de Cristo en su muerte y resurrección. Por eso el pueblo cristiano, reunido en torno a Cristo, se identifica con su misterioso camino de abajamiento y exaltación. Por eso mismo responde y acoge con un sincero y rotundo "amén" la solemne proclamación del sacerdote en la eucaristía: "por Cristo, con él y en él...". Él es el único Mediador entre Dios y los hombres.

Somos templo de Dios

Por la fe bautismal, el cristiano se incorpora a la Iglesia del Señor, templo de Dios y morada del Espíritu en Cristo Jesús. Es esta dimensión eclesial la que configura su identidad como miembro del Cuerpo de Cristo, el Señor de la gloria. Somos templo de Dios en el seno de la Iglesia del Señor.

Desde esa perspectiva podemos decir que el bautizado participa del mismo Espíritu del Señor con el que fue ungido Jesús, vocacionado "para hacer el bien y curar a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hch 10,38). Es así como el bautizado responde a su verdadera condición cristiana de templo de Dios en la medida en que oficia su liturgia diaria acompañando y atendiendo a cuantos encuentra en su camino, hijos de Dios y hermanos en Cristo Jesús.

Como nos recuerda el Apóstol, todos somos colaboradores en la edificación del templo de Dios. Ahora bien, su advertencia es clara: "Mire cada cual cómo construye (si con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja), pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo". Como piedras vivas y espirituales del templo de Dios (1 Pe 2,5), somos llamados a ejercer con responsabilidad el sacerdocio del pueblo santo, a ofrendar una vida cargada de frutos de buenas obras. Ese es el verdadero culto espiritual, el sacrificio vivo, santo y agradable a Dios en Cristo Jesús (Rm 12,1).



Fray Juan Huarte Osácar
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.